

EL CENTINELA

SEMANARIO POLITICO

ORGANO DEL DIRECTORIO NACIONAL DEL PARTIDO LIBERAL

Dedicado a combatir los propósitos de la reforma del Artículo 70 de la Constitución de la República

ADMINISTRADOR: G. DE OBALDIA J.

ANO I

PANAMA, SABADO 1º DE JUNIO DE 1918

No. 12

EL MANIFIESTO

El miércoles de la presente semana apareció al fin en el *Diario de Panamá* el Manifiesto Presidencial, tan anunciado y con tanta ansiedad esperado. Lo reproducimos en seguida de estas líneas para conocimiento de nuestros lectores, no sin advertirles que es preciso leerlo con la mayor atención, a fin de desentrañar todo su oculto significado.

Debemos agregar que esa pieza política no ha correspondido a lo que se esperaba y ha sido recibida con frialdad. Sólo un periódico, el *Diario*, la ha publicado hasta ahora, y ni aun ese órgano del colombianismo y de palacio, a un tiempo, le ha hecho el menor comentario serio. ¿A qué se deberá tal cosa? No es a flojedad del estilo, pues si bien el Manifiesto no es como cortesanamente ha dicho el periódico que lo publicó, «la más notable proclama política que nuestro popular Presidente ha lanzado a sus conciudadanos desde que se inició su período presidencial», sí está escrito con el interés pulcro y minucioso y con el estilo agradable que acostumbra el doctor Valdés en sus producciones. La causa es otra: que el público, a quien se le ha hecho creer que el señor Presidente no es reformista, se considera defraudado en sus esperanzas, pues confiaba que éste lo declarara así, sin rodeos ni subterfugios, y ha visto que por el contrario, continúa encastillado en su neutralidad, caballo de batalla un poco fatigado y fuera de moda.

Lo cierto del caso es que sí hubo la intención de hacer tal declaratoria rotunda y sin ambages, a juzgar por lo que a personas de crédito insospechable manifestó el doctor Valdés cuando concibió la idea de su «más notable proclama», que lo hubiera sido ciertamente si libertándose de las influencias que indudablemente han hecho ruda presión sobre sus sentimientos, expresa su inconformidad absoluta con la reforma del artículo 70, interpretando así los deseos más caros del pueblo panameño y obligando a ciertos personajes maléficos para su política y su administración a confesar de plano su conformidad con esa declaración presidencial o a renunciar los puestos que ocupan y desde los cuales son una amenaza y un peligro para la Nación, lo que ahora, con el Manifiesto, tal como está concebido, no tienen por qué hacer.

Pero en fin, debemos aceptarlo, porque ya no es posible retrotraer las cosas, ni hacer que el señor Presidente diga que dijo *dijo* donde ha dicho *diego*. Pero como lo que queremos son hechos y no palabras, esperamos que aquéllos saquen verdaderas a éstas y que los subalternos del señor Presidente ayuden a éste a cumplir la promesa que ha hecho al país y no termine todo en un engaño, como parecen indicarlo los movimientos de la policía nacional y el asalto vergonzoso de los reformistas al Centro Liberal Republicano, efectuado en estos días, que supo anticipadamente el señor Presidente y que no ha querido evitar cuando en sus manos ha estado el hacerlo.

Manifiesto al pueblo panameño

Postuladas como acaban de serlo las candidaturas para Diputados a la Asamblea Nacional por los dos núcleos dirigentes del Partido Liberal, que llevan ambos el título de *Directorio Nacional Liberal* y que están compuestos, en realidad, por los hombres de mayor autoridad y prestigio en el seno de esa colectividad política, considero llegado el momento de hacer públicamente por mi parte algunas declaraciones importantes, en relación con la situación política del país y con las elecciones que van a tener lugar el 7 de julio próximo.

Cerrado el debate ardiente causado por la elección de Presidente de la República con las votaciones y escrutinios de 1916, en que mis conciudadanos me favorecieron con la mayoría de sus sufragios, y desaparecido el

motivo de la lucha con la aceptación de los hechos cumplidos por todos los que en ella participaron, se propuso y adoptó en la Asamblea Nacional, al momento de discutirse en segundo debate un proyecto de acto reformativo de la Constitución, una modificación conexonada con el artículo 70 de esa carta política, en el sentido de habilitar para el ejercicio de la Presidencia de la República a los ciudadanos que siendo hijos de padre o madre panameños hubiesen nacido en el exterior, siempre que hubiesen optado por la nacionalidad panameña y residido en el país por más de veinte años, así como también a los ciudadanos panameños de origen colombiano que tomaron parte en el movimiento de separación de Panamá y que fueron miembros del Gobierno Provisional de la República.

La iniciación de esa reforma fue inconveniente, en mi concepto, porque en último análisis había de tener, como tuvo, la significación de un señalamiento de candidatos para sucederme en el Poder, cuando apenas había

Por habérsenos entregado tarde y por estar ya el periódico casi totalmente levantado, no nos ha sido posible dar cabida en este número al primero de la serie de artículos importantes que sobre el Contrato de Renta del Aguardiente se preparan especialmente para este semanario.

Dicho artículo aparecerá, pues, en esta plana en nuestro próximo número, y entre tanto, suplicamos a nuestros numerosos lectores que a cada paso nos interrogan sobre este asunto de actualidad, que tengan paciencia, pues ésta les será compensada el sábado venidero con la lectura que les prometemos y que será sugestiva en alto grado

comenzado yo a ejercerlo por el período constitucional de cuatro años, y se debió prever que iba a suscitar desde entonces, prematuramente, como ha sucedido, la discordia que de modo inevitable promueve siempre la selección del ciudadano que ha de regir los destinos del país, a causa de los intereses encontrados y las pasiones y prejuicios que entran en juego, complicados esta vez con la susceptibilidad del sentimiento nacionalista que es fanático en todos los pueblos.

Ante esa perspectiva, consciente de mi responsabilidad, opté yo por no inmiscuirme en el debate, encerrándome en la más estricta reserva, porque cualquier opinión mía al respecto iba a ser tomada como inclinación manifiesta de mi parte a favorecer u hostilizar a candidatos determinados para sucederme en el puesto que he de dejar en 1920. Me cuidé de caer en el error cometido por la Asamblea Nacional, que en mí habría sido más grave y trascendental, por razones obvias, y esa reserva, que muchos erradamente tomaron como aquiescencia al movimiento reformista, la he mantenido hasta este momento en que los actos que estoy obligado a ejecutar pregonan de modo inequívoco mi verdadera actitud frente a la mencionada reforma.

Los Directores del Partido Liberal, aunque separados en dos grupos antagónicos, y probablemente por esa razón, han querido que yo proponga o indique los candidatos para Diputados que han de elegirse para integrar la Asamblea Nacional, en el período que comienza este año. Ese testimonio de confianza en mi juicio, en mi patriotismo y en mi lealtad a la causa liberal es de un mérito excepcional, por lo mismo que el problema de la composición del Poder Legislativo es más delicado que nunca en esta época aciaga para el mundo y peligrosísima para nuestra nacionalidad; pero comporta igualmente una responsabilidad ponderosa, que yo acepté, sin embargo, como un deber patriótico.

Comencé por discutir con los

legítimos voceros del Partido Conservador cuál había de ser la proporción en que ese bando histórico esté representado en la Asamblea Nacional, y convencidos ellos de que no podía ser la tercera parte a que aspiraban, sino un máximo de nueve Diputados, sometí el punto a los directores liberales para que ellos, como era lo propio, resolvieran en definitiva. Su opinión estuvo de acuerdo con la mía en que el Partido Liberal, sostenedor del principio republicano de la representación de las minorías, inseparable del esencial del predominio de las mayorías, estaba en el deber de admitir nueve conservadores en nuestra Asamblea Nacional, que se compone de treinta y tres Diputados. Ha sido una decisión noble y justa, que eliminó la posibilidad de una lucha con los conservadores en el campo electoral; que prueba la hidalguía de nuestro partido, porque él no puede ser vencido en ninguna Provincia, y que no permite, sin embargo, ni remotamente, la suposición de peligro para la causa liberal, por la gran superioridad numérica que habrá de Diputados liberales en la Asamblea.

Para escoger y proponer esos veinticuatro candidatos liberales me guié únicamente por mi deseo de dar representación adecuada al partido, indicando hombres de posición independiente, de autoridad moral, de reconocida dignidad personal, sobresalientes unos por su inteligencia e ilustración y fieles todos a la comunidad política que ha de elegirlos. Consideré, además, y así lo dije, que no debían excluirse con criterio mezquino y rencoroso a los copartidarios que lucharon contra mí en las elecciones de 1916, entre los cuales no puedo menos que reconocer que figuran ciudadanos capaces de dar lustre y honra a los Congresos de la República. Para nada tuve en cuenta que fuesen los candidatos a diputados favorables o adversos a la proyectada reforma del artículo 70 de la Constitución, con lo cual demuestro de modo concluyente que yo no he abrigado, ni abrigó el designio de imponer esa reforma, a cuya gestación, advenimiento y defensa he sido, soy y seré absolutamente extraño.

Mi satisfacción ha sido muy intensa al ver que ambos Directorios liberales han acogido y prolijado la lista de candidatos que les propuse, sin más discrepancia que en un principal y en poquísimos suplentes, y que ambos recomiendan esos candidatos como dignos de ser sostenidos y elegidos por el partido que puso en mis manos la enseña de su poder y su prestigio. Al efecto, uno de esos Directorios declara que la lista de candidatos «responde a la necesidad imperiosa que el país tiene de tranquilidad pública y de sosiego social, en esta hora solemne para el mundo entero» y reconoce que «sería un acto desatentado y suicida lanzar al país a una agitación política intensa y ardiente, que

sólo da por resultado divisiones profundas y odiosidades personales, difíciles de extinguir, precisamente en esta emergencia de la vida nacional en que es más indispensable que nunca que el país se presente unido en sus aspiraciones y en sus propósitos». El otro Directorio manifiesta con regocijo que en dicha nómina de candidatos «aparece un número de personas cuya nominación para Diputados, si es seguida de su triunfo en las urnas, garantiza la plena satisfacción de las aspiraciones antirreformistas».

Se puede asegurar, por consiguiente, que no existe ya hoy para la elección de Diputados ninguna causa visible de desavenencia y colisión entre los panameños de todos los bandos porque el crédito y la respetabilidad de los Directorios políticos los obliga a ser honrados y fieles al compromiso envuelto en la postulación formal de los candidatos y el Gobierno que presido tiene, además de esos mismos motivos, un gran interés patriótico en que todos los ciudadanos cooperen resueltamente a que el sufragio puro consagre a los escogidos, de modo legítimo y solemne, como representantes genuinos de la nación. Es la oportunidad, por tanto, de declarar que no permitiré que ningún miembro del Cuerpo de la Policía Nacional, ni empleado ninguno con mando, dependiente del Poder Ejecutivo, obre en oposición a los propósitos aquí expresados acerca de las elecciones próximas, ni que desvirtúe con actos, omisiones o desvíos, el acuerdo que, tras largas y difíciles gestiones y mediante concesiones recíprocas, han sellado, con mi mediación, los partidos y agrupaciones políticas, como solución del problema electoral de este año.

Debo aprovechar esta oportunidad para aludir a las conjeturas que algunos expresan atribuyéndome la ambición de hacerme reelegir como Presidente de la República. La sospecha ha nacido de mi fidelidad a la norma de vida que me he impuesto de no anticipar actos ni palabras al momento que les corresponde. La selección y discusión de candidatos para Presidente de la República en el próximo período no es problema que se deba o convenga plantear desde ahora; él tiene su oportunidad subordinada al bienestar de la nación; de ahí que yo rehuse hacerme en este tiempo solidario de ninguna aspiración personal o sectaria de las que ya han comenzado a revelarse, y que por eso se sospeche que sólo pienso en mí, y se me crea para algunos un posible obstáculo en el sendero que conduce a la Magistratura suprema.

Los países republicanos son propensos a dudar del desprendimiento de los gobernantes, porque la generalidad ignora que los honores y prerrogativas inherentes al ejercicio del poder están necesariamente acompañados de contrariedades, amargu-

ras y sacrificios que es imposible eludir. Reconozco que éstos no arredran a algunos mandatarios, que los soportan indefinidamente; pero a esa disposición moral no se amoldan ni mi temperamento ni mi concepción filosófica de la República. Por la experiencia ajena, que para el caso he aprovechado y por las razones que ahora expongo, me anticipé a declarar precisamente el mismo día que tomé posesión de la Presidencia de la República, mi voluntad meditada, firme e irrevocable de apartarme de la vida pública activa al concluir mi período de gobierno, en 1920. Yo no sé si otros dejan con pesar el mando, pero de mí sé decir que dejarlo me producirá una satisfacción positiva, y por eso sólo aspiro a que queden hechos por mí en este período de administración los mayores bienes que me sea posible ofrendar a mi patria.

RAMÓN M. VALDÉS.

Panamá, Mayo 28 de 1918.

El Manifiesto del Presidente

Un mes poco más o menos, ha transcurrido desde que los íntimos del Presidente anunciaron que este Mandatario lanzaría un Manifiesto al país, declarando su inconformidad con el movimiento reformista, iniciado en la Asamblea en sus sesiones ordinarias de 1917.

Al principio creímos, de buena fe, que el Presidente Valdés en un arranque patriótico, había resuelto poner fin a esta situación creada por su Secretario de Gobierno, y que lo haría, no con frases hábilmente escogidas para desviar el criterio público, sino de manera franca y precisa, cual conviene hacerlo en las actuales circunstancias.

«La iniciación de la reforma» —tomando más o menos las mismas palabras del Dr. Valdés— no sólo fue inconveniente, porque tuviera la significación de señalamiento de candidatos para sucederlo en el Poder, cuando apenas había comenzado su período constitucional de cuatro años; sino criminal y antipatriótica, porque los candidatos señalados o favorecidos con la reforma, eran precisamente extranjeros que optaron por nuestra nacionalidad ante hechos cumplidos e irrevocables.

«Ante esa perspectiva, consciente de mi responsabilidad, —dice el Dr. Valdés— opté yo por no inmiscuirme en el debate, encerrándome en la más estricta reserva, porque cualquier opinión mía al respecto iba a ser tomada como inclinación manifiesta de mi parte a favorecer u hostilizar a candidatos determinados para sucederme en el puesto que he de dejar en 1920.» Ante esa perspectiva, es decir, ante ese atentado contra la soberanía de la Nación, el Dr. Valdés no debió encerrarse en esa estricta reserva, porque aparte de estar obligado como Presidente, a velar por los fueros de la República, como panameño, debió sentir heridas las fibras más íntimas del corazón. Esa era la época de hablar; entonces debió escribir su Manifiesto, no con carácter ambiguo, sino claro, terminante, rechazando la reforma. Así se habrían muerto en la cuna ambiciones mal contenidas y peor disimuladas, y se habría evitado la división de la familia istmeña, en esta hora de angustia para el universo, en que tan necesarias son la fraternidad y la unión de comunes intereses.

Si la Asamblea Nacional cometió error aceptando y aprobando reformas que darían origen ahondas divisiones y a luchas es-

tériles, la reserva del Dr. Valdés fue error de carácter gravísimo, porque ella tenía que tomarse, con sobrada razón, no sólo como aquiescencia al movimiento reformista, sino como plan político combinado con su amigo de antaño, para que no creyera el público que él prohijaba ese movimiento.

Cuáles son los actos que está obligado a ejecutar el Presidente en los actuales momentos de agonía nacional, capaces de pregonar de modo inequívoco su verdadera actitud ante la reforma? Hay uno solo capaz de hacerlo y de asegurar la tranquilidad social y la confianza de que las próximas elecciones no han de ser una burla; ese acto, que se impone como deber patriótico, es la destitución inmediata del Secretario de Gobierno, que ni inspira confianza, ni es grata a los panameños. Lo demás, son frases bonitas y bien combinadas y sofismas de distracción.

El incidente provocado por la supresión del señor Duncan de la lista de candidatos a Diputados, tratando el Dr. Morales de imponer su voluntad para que figure el señor López, prueba hasta la evidencia dos cosas: que el Dr. Morales ejerce influencia decisiva en el ánimo del señor Presidente, que no se atreve a contrariarlo, y que, con aquiescencia suya —del Dr. Valdés— se hace la imposición de reemplazar con un reformista, a un antirreformista de los quilates del señor Duncan. Si ha tenido, pues, y tiene en cuenta el Dr. Valdés para la escogencia de candidatos a Diputados el que éstos fuesen favorables o adversos a la proyectada reforma del artículo 70 de la Constitución. Pero admitiendo que esto fuera así, lo patriótico habría sido que si tuviera en cuenta esa circunstancia al escoger los candidatos, para rechazar en lo absoluto, en su calidad de guardian de nuestra soberanía, a todos los que fueran favorables a ese proyecto. El Presidente Valdés no debe ser extraño a ese movimiento; ha debido combatirlo con empeño, con entusiasmo y decisión.

Fue nuestro deseo no atacar al Presidente por el simple hecho de mortificarlo, o por hacer ejercicio escribiendo. En esta serie de artículos que hemos escrito contra la reforma, nos hemos mantenido con respecto a él en el terreno más imparcial y justo. Su Manifiesto nos da margen, desgraciadamente, a que vayamos contra él de manera firme y resuelta. No iremos contra el Dr. Ramón M. Valdés, sino contra el Presidente de la República, como representante y depositario de la dignidad nacional; pero lo haremos con el respeto que él se merece como caballero y como Jefe de la Nación. Esto quiere decir que nuestros artículos serán patrióticos, y alejados por completo del odioso personalismo.

Acerca de sus conceptos relacionados con su reelección, hablaremos también oportunamente.

Acotaciones a un Mensaje

En el laborioso Manifiesto que por fin nos dió a conocer el Dr. Valdés, dice éste que los Directores Liberales quisieron que fuera él quien escogiera los candidatos para diputados. La naturaleza de esa afirmación nos hace abrigar dudas acerca del valor de las demás declaraciones que contiene el Manifiesto, en lo cual tenemos, además, algunas otras razones.

Es bien sabido que los Directores liberales se preparaban a luchar entre sí para llevar a la

Asamblea mayoría concorde con las tendencias políticas en juego, cuando les sorprendieron las negociaciones presidenciales para determinar el número de diputados con que figurarían los conservadores en la Asamblea, reveladoras de cómo iba a elegirse ese Cuerpo, pues no se trataba de un derecho de representación, sometido a la revisión del sufragio, sino de una representación efectiva, sin sacrificios de ninguna clase, garantizada por la voluntad del que manda. No fué sino después de empeñada la palabra oficial de que irían nueve conservadores a la Asamblea cuando el Directorio antirreformista fué consultado al respecto, y ya puede suponerse lo que esa consulta significaba para un bando que busca partidarios en los panameños todos, independientemente de denominaciones políticas.

Los reformistas, que para la lucha que era de esperarse cuentan con las corporaciones electorales y la Secretaría de Gobierno, en oposición a la popularidad de nuestra causa y la de su Jefe, el Dr. Belisario Porras, cuando vieron la imposibilidad de subordinarnos a sus planes mediante la fórmula del Dr. Valdés, de dividir al Partido en tres partes, apropiándose él una, maniobraron hábilmente para señalarnos como *enemigos del Gobierno*, halagando al Presidente con una Jefatura de Partido, que no era a la que él debió aspirar y que sin embargo aceptó sin detenerse a apreciar la sinceridad de sus nuevos adherentes y la repudiación que con ello hacía del pacto que significa su presencia como Jefe del Gobierno, a despecho de formidable oposición.

La concesión a los conservadores indicando estaba que la Asamblea sería formada conforme al querer del Presidente, quien desde luego querría ver «amigos» ostentando la representación nacional. Los liberales antirreformistas, acusados como estamos de rebelión y sin apoyo en las corporaciones electorales, consideramos que nada alcanzaríamos empeñándonos en una lucha contra «el Gobierno» y acordamos dejar al Dr. Porras la tarea de conseguir directamente con el Dr. Valdés la aceptación de la representación a que tenemos derecho. Contra lo que es de suponerse, el Dr. Porras no encontró sino obstáculos en su misión, viéndose obligado a abandonar la al saberse con menos derechos que los conservadores y sospechado en su lealtad y la de sus amigos a un Gobierno que si existe es por su esfuerzo. Con todo, el Directorio que preside el Dr. Porras, con la salvedad de algunos votos, resolvió recomendar la lista que le fué enviada por el Dr. Valdés como su última palabra, porque, como dijimos ciertamente, en esa lista aparece un número de personas suficiente para impedir la aprobación de la reforma, si nuestros cálculos no fallan, pues dicho número no lo componen en su totalidad amigos sometidos a la jurisdicción de nuestro Directorio.

La satisfacción del señor Presidente por lo que ha hecho, podrá ser intensa, pero la de la ciudadanía no lo es, pues ni lo que fué chiarismo se considera recompensado por los renunciamientos sucesivos que ha ido haciendo de sus características propias, ni el Dr. Morales como Jefe del reformismo ha encontrado buena la lista, como lo prueban las alteraciones con que la recomienda; ni quienes luchamos abiertamente por llevar al Dr. Valdés al Poder vemos en su conducta la correspondencia consecuencial a servicio tan señalado.

La verdad es, pues, que el reparto presidencial no ha satisfecho a nadie, si se exceptúa a los conservadores, y que la lucha que él trata de eludir por todos los medios, no ha perdido las posibilidades de desarrollarse. Mejor puede contar el señor Pre-

sidente con la pobreza actual del país como aliada para su tranquilidad, que en su habilidad desplegada para adormecer la opinión pública.

Igual a esa declaración de la conformidad de los Directorios Liberales en renunciar la escogencia de candidatos es la de que al presentar a la consideración de la Asamblea la reforma del artículo 70, ya habían desaparecido los motivos de la lucha electoral de 1916 con la aceptación de los hechos cumplidos «por todos los que en ella participaron» y de que la iniciación de esa reforma fué inconveniente, en concepto del señor Presidente, pues lo cierto es que los que combatieron al señor Presidente en su elección se mantenían alejados de él, considerando su investidura como una imposición de la fuerza y negándole toda cualidad honrosa, actitud en que se conservaron hasta que las tentativas para atraerlos cristalizó en la cacareada compactación. Si el señor Presidente creyó que la iniciación de la reforma del artículo 70 fué inconveniente, ¿por qué la permitió? Fué en sesiones extraordinarias de la Asamblea cuando tuvo lugar esa iniciación, contraviniendo a preceptos constitucionales bien definidos, y

cuando ningún proyecto puede ser discutido sin ser recomendado antes por el Ejecutivo. Con el pretexto de echar por tierra la Codificación Nacional fueron convocadas las sesiones extraordinarias a que nos referimos; sin embargo, la Codificación quedó en pie, y el verdadero objeto, el de la reforma, disimulado con varias otras de positiva utilidad, prolongó unas sesiones que se calcularon de una semana, al punto de provocar un memorial firmado por personas conocidas y ajenas a la política muchas de ellas para que se pusiera término a la situación de escándalo creada por los Honorables.

Lo cierto es que la reforma del artículo 70, en desagravio a determinadas personas, es una vieja cuestión que encontró campo abonado para prosperar en la norma de vida que se ha impuesto el señor Presidente de «no anticipar actos ni palabras al momento que les corresponde». El país no quiere la reforma, y ya sea por fanatismo nacionalista o por cualquier otra causa, la opinión pública se ha mostrado potente en su desagrado. El deber del Presidente en este caso, es el de acatar la opinión sin ambages ni subterfugios que puedan ocultar la verdad.

ENCUESTA POLITICA

Desearíamos saber de los señores don Héctor Valdés, don José D. Arosemena, doctor Jorge E. Boyd, don Francisco Filós, don Julio J. Araúz, don Ricardo Bermúdez, don Manuel Patiño, don Julio Guardia, don Alejandro Tapia, don Abelardo Carles, don Nicolás Victoria J., don Tomás Arias, General Manuel Quintero V., don Gerardo Herrera, don Ignacio Jurado V., don Benigno Thils, don Juan Manuel Porcell A., don Manuel Vázquez Ortega, don Jerónimo J. García, don Santiago de la Guardia, General Federico Barrera, don Julio J. Fábrega, General Luis García F., de quienes se asegura que son candidatos a diputados en la próxima Asamblea, si sus tendencias actuales son favorables a la reforma del artículo 70 de la Constitución de la República y si de serlo, ello es en total o sólo en parte, y en este último caso, por cuál de esas partes se inclinan.

Para mayor claridad reproducimos aquí la reforma del artículo 70, tal cual la trae el Acto Legislativo considerado por la Asamblea en Marzo de este año. Dice así:

“Artículo 70.—El período del Presidente de la República será de cuatro años. Pueden ser elegidos Presidente o Vicepresidente de la República, los hijos de padre o madre panameños, nacidos en el exterior, siempre que hubieren optado por la nacionalidad panameña y residido en el país por más de veinte años.

“También pueden ser elegidos Presidente o Vicepresidente de la República, los ciudadanos panameños de origen colombiano, que tomaron parte en el movimiento de separación de Panamá y que fueron miembros del Gobierno Provisional de la República”.

Por la Redacción de EL CENTINELA,

GMO. ANDREVE

En espera

La situación política atraviesa un período de calma, tal vez más aparente que real, pero no por eso menos sugestivo. Las parcialidades políticas se muestran conformes con la lista de los ciudadanos designados para la diputación si bien no faltan círculos que se preparan a combatirla con el vivo interés de sustituir algunos de los candidatos que ella contiene por sus propios candidatos.

Es de observarse que el descontento mayor está en las filas del Gobierno y de sus nuevos amigos los chiaristas que se ampa-

ran como mercancía averiada bajo los pliegues de una bandera ilusoria: la del Partido Liberal Unido, una agrupación de mentirijillas que ha encontrado vida teórica, como ente de imaginación, en el ánimo de unos cuantos liberales que pujan por ser Jefes y en el de cuatro muchachos desesperados por ir a calentar los sillones legislativos, muy remotos para ellos.

Pero suponemos que todo ese ruido será semejante al de un tambor colocado en las ramas de un árbol y que los directores de los partidos recomendarán a sus copartidarios las candidaturas aceptadas, por las cuales deberán votar; cosa que a su turno debe hacer el Presidente respecto de sus amigos po-

líticos que casi todos comen el pan del presupuesto. Esto es preciso efectuarlo de manera seria, de modo que en esta vez no haya Jefes de la Policía, parientes del señor Presidente, Gobernadores, Secretarios y Subsecretarios de Estado que se rían de las órdenes del Dr. Valdés y procedan como mejor convenga a sus intereses personales.

El procedimiento adoptado en estas elecciones, no es de más repetir, no es de nuestro agrado. Hubiéramos deseado, ya que el señor Presidente manifiesta que no tiene ninguna ambición política para el futuro, que él y su personal ejecutivo se hubieran neutralizado completamente. El Dr. Valdés al hacer esto habría ganado más gloria, mil veces más, que la que le pueda provenir de la emisión de bonos fiscales y de sus proyectos camineros. Pero por desgracia no ha sido así, y ante la responsabilidad de ir a una lucha electoral dada la situación del país, nuestros esfuerzos deben encaminarse a que haya en la Asamblea una mayoría antirreformista decidida evitando en lo posible las supercherías que se esbozan ya. De otro modo nuestra labor sería inútil y nuestra buena fe burlada miserablemente.

Censurable indiferentismo oficial

Cuando en un país las autoridades se desentienden del bienestar de los ciudadanos y del progreso nacional, ello es ciertamente un hecho lamentable cuya existencia merece acre censura; pero cuando a esta indiferencia e impasibilidad respecto del bien nacional, esas mismas autoridades agregan el cinismo de tratar de justificar su conducta y tratar con liviandad sucesos graves para el país, entonces ello es signo de que todo marcha camino del desastre y de que ya la gangrena va contaminando todo y que en los hombres dirigentes se ha perdido la noción no sólo del patriotismo, sino hasta de la moralidad.

Y esto precisamente es lo que estamos presenciando nosotros en la actualidad, con motivo de la orden expedida por las autoridades americanas prohibiendo que los militares y marinos de los Estados Unidos, acantonados en la Zona del Canal, vengan a la ciudad.

Esa medida, asaz perjudicial para todos nosotros, ha producido consternación general en la capital. No sólo son los dueños de cantinas y los propietarios de cabarets los que se muestran alarmados, como se ha intentado decir en ciertos círculos inspirados en las alturas oficiales, con el objeto de adormecer al público y evitarle censuras al Gobierno, sino la ciudad entera, inclusive el elemento extranjero que sólo puede sentir interés pasajero en nuestra suerte. Todo el mundo se ha dado cuenta de que la prohibición citada privará a la capital de una entrada mensual que media entre \$ 200,000 y \$ 250,000, lo que en los presentes momentos de angustia económica tiene un valor realmente mayor del que expresan los números.

Esta situación precaria deja, sin embargo, frío al Gobierno Nacional encargado de velar por el bienestar y la felicidad del país, si hemos de juzgar por lo que dice el *Diario de Panamá*, periódico semioficial, cuyos editoriales y artículos de fondo no son en general sino la exteriorización de las ideas y sentimientos que abriga personajes oficiales encumbradísimo.

No podemos menos de calificar hasta de criminal el decir que debemos alegrarnos de la orden dictada por el Gobierno americano, como lo dice el periódico mencionado en su editorial del 28 del presente y como más o menos lo

repite en otros tonos en editoriales que sobre el mismo tema ha publicado después con el propósito de desviar la atención del público de la gravedad de lo que está ocurriendo. Esa facilidad y esa absoluta tranquilidad con que el periódico aludido y los que le inspiran miran la presente situación, acusa incompetencia administrativa escandalosa y falta de integridad moral y patriotismo en alguno o algunos que son los responsables de lo que pasa, y forma bloque compacto con la indiferencia oficial acerca del problema de las subsistencias y el alza continua de todos los artículos de primera necesidad, y justifica el aserto de *La Estrella de Panamá*, que comparten los ciudadanos sensatos de que nuestro país es tal vez el único entre todos los del mundo que no se ha preocupado por alejar la miseria de nuestros hogares y en asegurar beneficios de cualquier género para los ciudadanos todos.

Es una solemne necesidad y hasta un insulto que se le hace al valeroso ejército norteamericano, el insinuar que la venida de sus miembros a la capital tan sólo sirve para fomentar el vicio e intensificar el desorden y la inmoralidad. La mayor parte de los soldados y marinos que visitan la ciudad no invierten su dinero únicamente en cantinas y en cabarets, sino en los almacenes, en las tiendas y en las sederías, y ciertamente que tal proceder dista mucho de constituir fomento de vicios y corrupción.

Nosotros sabemos muy bien que el Gobierno puede no preocuparse sobremanera en este asunto, ya que perderá relativamente poco, a causa de la merma de la renta del aguardiente, siendo como es la tal renta muchísimo más exigua para el Gobierno de lo que el público sospecha, por resultar sobre todo en beneficio para los afortunados que en esta era de malestar, privaciones y carestía para el pueblo panameño, gozan de las pingües entradas que les produce el contrato para la recaudación de la Renta del Aguardiente. Si esos privilegiados señores contratistas entregaran al Gobierno lo que debieran en proporción a sus inmensas ganancias, otra cosa sería; pero en las presentes circunstancias y tal como el contrato se hizo, el Gobierno difícilmente puede sufrir perjuicio mayor con la no venida de los soldados a la ciudad y el efecto que la reducción del consumo de aguardiente tendrá sobre la producción, que el que ya sufre por haberse empeñado quienes otorgaron el contrato, en favorecer a determinadas personas en detrimento del Fisco.

Bueno es que el país vaya abriendo los ojos y viendo que no es oro todo lo que relumbraba y que la situación no es en modo alguno color de rosa, como los señores del Gobierno pretenden hacer creer. Es necesario que la Nación advierta la absoluta indiferencia oficial ante los peligros y las miserias que amenazan a los panameños y no se deje propinar la cachimba de opio con aquello de que el Gobierno americano va a hacer esto y va a hacer lo otro para compensar nuestras pérdidas en el caso actual, ni que el Gobierno Nacional sólo se preocupa por la felicidad de los panameños, porque sus miembros pregonan de voz en cuello que su anhelo por el bien del país les quita el apetito, y que por ello, al igual de la ardilla y su labor estéril, rivalizan entre sí dictando decretos y más decretos nombrando Comisiones de Alimentos, Jefes de Subsistencias y sepa Dios qué otras cosas.

Hechos y no palabras es lo que el país quiere ya, y entre esos hechos está en primera línea la anulación del perjudicial y monstruoso contrato actual para la recaudación de la Renta del Aguardiente y su revisión en términos tales, que el Gobierno pueda con lo que reciba, afrontar en gran parte el pago de los servicios

públicos. Mientras esto no se haga, es absolutamente ridículo y hasta ofensivo para las gentes que piensan, que los señores del Gobierno hablen pomposamente de su gran preocupación por el bien de la Nación panameña.

Consecuencia política

Hay quienes se imaginan que la política es enteramente asunto, como suele decirse, de la cabeza y jamás del corazón. Y ello hasta cierto punto es cierto: ser buen político consiste en tener amplia visión del futuro y en saber, por medio del trato afable y por medio de un dón de gentes que no se adquiere, atraer las masas y llegar a dominar en una región dada como el factor más prestigioso y de más numerosas posibilidades. Estas cualidades, sin embargo, deben tener en el político un fondo en que las ideas y los sentimientos se enlazan entre sí y le hacen ver en la consecuencia política no sólo un hecho del cual puede sacar beneficios positivos y concretos, sino un hecho de alta moralidad que exige respeto y cuya violación o negligencia, traerá, tarde o temprano, resultados desastrosos.

Y esto es fácil de comprender. Es justo creer en el imperio de la moral en el Universo y no hay duda de que todo aquél que faltare a esas leyes, sufrirá irremisiblemente las consecuencias de su falta.

La inconsecuencia política es una falta grave en cualquier político, pues ella da motivo a desconfianza entre los amigos y en el país en general, de lo cual el pri-

mero en sufrir es el mismo político. El público y la Historia cobran, en efecto, muy caro esos actos inconsecuentes que se consuman cuando un amigo político se desentiende de sus obligaciones, viola su palabra empeñada y sus compromisos y no vacila en dar la espalda a aquéllos que ayer no más le dieron poderío, fortuna y los medios de ser feliz. Desde ese momento sus manifestaciones públicas son puestas en duda; sus discursos son escuchados o leídos con indiferencia; su palabra como político y hasta como simple particular, llega a cotizarse muy bajo, y sus actos todos son mirados con la mayor desconfianza.

De allí resulta que el político inconsecuente no sólo se daña a sí mismo en la esfera de las cosas políticas, sino que también se desacredita y se perjudica en el terreno de lo particular; en una palabra, la inconsecuencia, en su caso, equivale, en fin de cuentas, ni más ni menos, a un suicidio político.

Es, pues, de gran ventaja para todo ciudadano que llega a engolfarse en la política, el no permitir jamás que se le pueda tachar de inconsecuente. El político puede adolecer de todo género de faltas; puede incurrir en errores de toda clase, y sin embargo, todo le podrá ser perdonado, si en medio de todo, es consecuente y respeta y cumple los compromisos contraídos. El prestigio de un hombre tal es fuerte e imperecedero porque reposa sobre bases verdaderamente graníticas y porque ese prestigio está, además, firmemente arraigado en el corazón de los ciudadanos y mantenido allí por la gratitud activa.

do al señor Secretario de Relaciones Exteriores, que se le expida Carta de Naturaleza como ciudadano panameño, exponiendo ser natural de Caparrapi, República de Colombia, hijo legítimo del Dr. Milcíades Rodríguez, ciudadano panameño, de 24 años de edad, soltero, estudiante; y por cuanto ha llenado todos los requisitos exigidos por el ordinal 2º del artículo 6º de la Constitución Nacional y por el artículo 39 de la Ley 32 de 1914, todo lo cual comprueba de manera satisfactoria con documentos auténticos y con certificado expedido por el Honorable señor Presidente del Consejo Municipal de Santiago de Veraguas, fechado el 17 de Noviembre de 1917.

Por tanto en ejercicio de la atribución que le confiere al Presidente de la República el ordinal 12 del artículo 73 de la Constitución Nacional, ha venido en expedir la presente Carta de Naturaleza al mencionado señor Isaías Rodríguez C., declarándole panameño, y, como tal, sujeto a los deberes y en el goce de los derechos que le corresponden por la Constitución y las leyes.

Dada, firmada de mi mano, sellada con el sello de la República y refrendada por el Secretario de Relaciones Exteriores a los treinta días del mes de Abril de mil novecientos diez y ocho.

RAMON M. VALDES.

El Secretario de Relaciones Exteriores,

NARCISO GARAY.

Pobre Constitución!

Hemos visto publicados en la *Gaceta Oficial* N° 2919 de fecha 10 de Mayo, los siguientes documentos:

República de Panamá.— Poder Ejecutivo Nacional.— Secretaría de Relaciones Exteriores.— Resolución N° 18.— Panamá, Abril 1º de 1918.

El señor Isaías Rodríguez, soltero, de 24 años de edad, natural de Colombia y domiciliado desde hace 10 meses en la ciudad de Santiago de Veraguas, solicita en el memorial anterior que se le expida Carta de Naturaleza de acuerdo con el ordinal 2º del artículo 6º por ser hijo del Dr. Milcíades Rodríguez, ciudadano panameño por adopción. Acompaña su fe de bautismo y certificado de domicilio, así como un Certificado del Consejo Municipal en que consta que ha hecho la declaración que exige la Constitución.

Para resolver se considera:

El ordinal 2º del artículo 6º de la Constitución dice así:

«Son panameños:

2º Los hijos de padre o madre panameños que hayan nacido en otro territorio, si vinieren a domiciliarse en la República y expresan su voluntad de serlo.»

No se hace distinción en el texto del artículo entre panameños de nacimiento y panameños naturalizados. Podría argüirse que la disposición en él contenida sólo comprende a los hijos de padre o madre panameños de nacimiento, es decir, que el ordinal segundo que es la aplicación del principio del *jus sanguinis*, al lado del *jus soli* contenido en el ordinal 1º; pero, en vista del axioma de derecho «donde la ley no distingue no debemos distinguir», debe sostenerse que el artículo comprende a los hijos de panameños naturalizados, es decir, a los mayores de edad, pues, en cuanto a los menores, la ley 32 de 1914, sobre naturalización establece que quedan naturalizados en cabeza del padre.

En el caso del memorialista, pudiera también sostenerse que quedó naturalizado en cabeza de su padre, puesto que cuando se naturalizó el Dr. Milcíades Rodríguez, él era menor de edad. Pero el hecho de haber venido a residir en la República a los 24 años de edad con procedencia de Colombia, el país de su nacimiento donde fue naturalmente considerado como colombiano y ejerció sin duda derechos de ciudadano, porque, según la Constitución colombiana, los nacidos en Colombia se consideran colombianos, le inhabilitaría para optar hoy por la nacionalidad panameña como hijo menor de naturalizado panameño. Esta Secretaría ya tiene sentado en efecto para casos similares que la declaración de opción debe hacerse cuando se llega a la edad del ciudadano porque, de hacerse a una edad más avanzada, podría presumirse que el interesado ha ejercido ya derechos de ciudadano en otro país.

En cambio, como se ha expuesto más arriba, el señor Isaías Rodríguez C., tiene derecho a ser naturalizado de acuerdo con el ordinal 2º del artículo 6º de la Constitución Nacional y el artículo 39 de la Ley 32 de 1914 por haber cumplido con los requisitos que en ellos se exigen.

Por consiguiente,

SE RESUELVE:

Otorgar al señor Isaías Rodríguez C. Carta de Naturaleza como ciudadano panameño.

Regístrese, comuníquese y publíquese.

RAMON M. VALDES.

El Secretario de Relaciones Exteriores,

NARCISO GARAY.

CARTA DE NATURALEZA

El Presidente de la República

A todos los que la presente vieren, SALUD:

Por cuanto el señor Isaías Rodríguez C. ha solicitado del Poder Ejecutivo, en memorial eleva-

Como se ve, el Secretario Garay ha descubierto un nuevo procedimiento para fabricar más ciudadanos panameños por naturalización, interpretando a su antojo el ordinal 2º del artículo 6º de la Constitución Nacional.

Muy peregrinos nos parecen los argumentos de nuestra Cancillería, «que donde la ley no distingue no debemos distinguir», para evadirse del estudio conciso de la solicitud que hizo Isaías Rodríguez y acceder a dicha petición; pero intereses del momento tienen mayor cabida en el ánimo de don Narciso que cuidar estrictamente, con llave de oro, el mandato expreso y patriótico del Ordinal 2º del artículo 6º de nuestra Constitución.

Nosotros estamos de acuerdo con que los hijos de padre y madre panameños, ya sean éstos por nacimiento o por naturalización, que nazcan en otro país, sean panameños de acuerdo con lo que dispone el referido ordinal 2º del artículo 6º; pero de esto a que se acojan a dicha disposición los hijos de naturalizados que cuando nacieron, sus respectivos padres no eran panameños por adopción, hay mucha distancia al querer de la ley. ¿O el Secretario Garay le dará efecto retroactivo al ordinal 2º del artículo 6º de la Constitución en el sentido de que puedan ser panameños los hijos de colombianos aun cuando hayan nacido en Colombia y cuando sus padres eran todavía ciudadanos colombianos?

Creemos que no. Tal vez haya sido alguna mala interpretación de la Ley, que esperamos de don Narciso la corrija, anulando esa Carta de Naturaleza al colombiano señor Isaías Rodríguez C.



Candidatos a Diputados

Los nombres que aparecen en tipo negro son los de los diputados de quienes tenemos la seguridad que no son reformistas. Entre los demás puede haber algunos que tampoco lo sean, pero no lo sabemos con entera certeza.

PROVINCIA DE PANAMÁ

Principales

Ciro L. Urriola
Héctor Valdés
J. A. Arango
Jorge E. Boyd
Ernesto T. Lefevre
Andrés Mojica
Francisco Filós

Suplentes

Cristóbal Rodríguez
Leovigildo González
Aizpuru Aizpuru
Nicolás A. Solano
J. M. Barranco
Jil F. Sánchez
Juan J. Díaz
Rodolfo Estripeaut
Juan de la Guardia
Julio C. Coronado
Pedro J. de Icaza M.
José M. Pérez
Luis R. Solanilla
Alfredo Alemán

PROVINCIA DE BOCAS DEL TORO

Principales

Belisario Porras
Enrique Jiménez

Suplentes

Fabio Bravo
José Prado B.
Eusebio V. Herrera
Federico Rosse

PROVINCIA DE COLÓN

Principales

Alejandro Amí C.
Julio J. Araúz
Ricardo Bermúdez

Suplentes

Tertuliano Martínez H.
Aristides Linares
Bolívar Vallarino
José P. Barranco
José de la Rosa
Efraín Tejada U.

PROVINCIA DE COCLÉ

Principales

Ascanio Carles
Manuel Patiño
Alejandro Tapia
Julio Guardia

Suplentes

Alfredo Arango R.
Octavio Méndez P.
Antonio A. Valdés
Fabio C. Arosemena
Manuel M. Pimentel
Brasmo Méndez
Clemente Oberto T.
Octavio Arrocha

PROVINCIA DE CHIRIQUÍ

Principales

Gerardo Herrera
Ignacio Jurado V.
Nicolás Victoria J.
Tomás Arias
Benigno Thils
Manuel Quintero V.

Suplentes

J. E. Lefevre
Gaspar Araúz
Gerardo Tribaldos
Félix Abadía
Federico Sagel
Manuel Aizpurúa
Balbino Alvarado
Samuel Alvarez
Juan Parada
Manuel Balbino Gutiérrez
Jacob Delgado
Venancio E. Villarreal

PROVINCIA DE HERRERA

Principales

Julio Arjona O.
Juan M. Porcell A.

Suplentes

Juan B. Polo
Ferdín R. Ortega
J. J. Amado
Pindaro Barrera

PROVINCIA DE LOS SANTOS

Principales

Juan B. Sosa
Pindaro Brandao
Manuel Vázquez O.

Suplentes

Moisés Espino
Celio Cedeño
Claudio Vázquez
Darío Angulo
Enrique Thibault
Mauricio Mario Correa

PROVINCIA DE VERAGUAS

Principales

Federico Barrera
J. J. García
J. D. Arosemena
Santiago de la Guardia
Julio J. Fábrega
Luis García F.

Suplentes

Aurelio Dutary
Federico Palacios
Rosendo Rosas
Nathaniel I. Hill
Casimiro Bal
Luis Sánchez
Gil R. Ponce
Horacio Velarde
José del C. Chavarría
Alfredo E. Calviño
José Alvarez
Manuel de J. Quijano

Recibimiento del Dr. Porras en Guararé

Guararé, 30 de Mayo 1918.

GUILLERMO ANDREVE,

Panamá.

A las seis de la tarde desembarcó el Dr. Porras, que fue recibido en el puerto por numerosa cabalgata que lo aclamó con entusiastas vítores. Pueblo liberal de Guararé con estimable copartidario Manuel González a la cabeza, distinguióse por su entusiasmo a la llegada del caudillo, que es agasajado en este lugar por todos los amigos.

Afectísimo,

PÍNDARO BRANDAO.

Colombia y Panamá

Colombia nació para el mundo civilizado el 20 de Julio de 1810, y Panamá, el 3 de Noviembre de 1903. Ambas naciones tuvieron motivos poderosos para separarse: Colombia quería vivir libre, y Panamá también, porque depender de otro no es existir, sino arrastrar la vida. Colombia ha corrido de entonces acá muchos azares y peligros, y Panamá, hasta hoy, ha gozado de paz interna y externa. Pero las miras ambiciosas de cierto individuo que no tiene derecho de imponerse aquí; el influjo que posee, gracias a la altura en que se encuentra por la bondad de nuestro Presidente, no por patriotismo de aquél, ni mucho menos, puesto que no lo conoce, respecto de Panamá, sino que más bien ha alardeado siempre de desprecio hacia nosotros, traerán consecuencias graves; porque el pueblo panameño tiene corazones nobles que se opondrán a la ilegítima ambición del extranjero. De mí puedo decir que el desdén me escuda y me defiende, puesto que los asuntos de los pequeños sólo causan hastío a las personas serias; y si escribo este artículo es únicamente para indicar que no soy partidario de lo que algunos panameños, que no lo son, pretenden efectuar, siguiendo las aspiraciones de un hombre extraño a nuestros intereses y a nuestros ideales como ciudadanos de esta República. Necesitamos política fecunda y activa, que nos saque de la pos-

tración moral, social y económica en que vivimos, y que cada día nos afecta y nos aniquila más. No tenemos virtudes cívicas, y es imposible de esa manera dar frutos provechosos, pues la conciencia humana es estéril cuando nadie la incita con ejemplos varoniles y virtuosos hechos. Panamá principia ahora a vivir, porque es una República joven; pero hay en su seno almas ya preparadas, que pueden dar lecciones a las que empiezan. Mas si aquéllas se arrastran por el fango, éstas, que no conocen el mundo, se echarán en él, imaginando ser el camino mejor, porque los viejos lo siguen. A la turba, como a los niños, le gusta imitar y sigue audazmente a los agitadores y a los innovadores; para ella el triunfo tiene el mismo atractivo que la derrota, con tal de que la dejen satisfacer sus apetitos; gozar de un momento de libertad, he ahí todo su anhelo; poco le importa que surja éste o que sucumba aquél. ¡Cuidado! La República de Panamá no se asienta aún sobre bases de granito, y la conciencia nacional yace adormecida, porque no ha habido nadie que la despierte, que la instigue y que la arrebate; pero cuando salga de su apacible sueño, y haya un hombre que la dirija, entonces se arrojará irritada contra ciertos individuos que la ultrajan, validos de su adormecimiento; entonces hará vibrar su látigo sobre las espaldas de ellos, y hará que gimán eternamente en las páginas de la Historia, para baldón de sus nombres.... y de su patria misma!

ANTO CONTE

NOTAS

ESTÁ ya listo el primer número de la Biblioteca **Cultura Nacional**, que como está avisado contendrá poesías escogidas del lírico nacional Tomás Martín Feuillet. Mañana se efectuará su reparto entre los suscritores, que de seguro han de quedar complacidos con su lectura.

El nueve de Junio saldrá el número segundo, con un bello cuento de Ludovico Halevy intitulado *Matrimonio por amor*.

SIGUIÓ el martes viaje a Las Tablas el Dr. Belisario Porras, acompañado de su esposa, doña Alicia, de su hijo Rodrigo y de la señorita Helvia Mojica. Va a pasar unos días en el *Posilopo*, que le deseamos muy gratos.

SALUDAMOS a don Casimiro Bal, prestigioso jefe liberal veraguense quien está en la ciudad, y le deseamos grata permanencia en ella.

TAMBIÉN saludamos al amigo don Jacobo Alzamora, buen liberal y oficial del Cuerpo de Policía en Penonomé, quien se encuentra en esta ciudad en asuntos particulares.

Es indudable que las tres cosas peores que tenemos en Panamá son los bonos, la Recaudadora y el hombre de los cristales de roca, a quien ya apellidamos por allí el *Corta-ombilgo* y el *Espanta pájaros* también.

EL SEÑOR Gobernador de Los Santos, don Justo P. Espino se encuentra en la ciudad. Suponemos que su viaje tendrá relación con las elecciones.

Reciba don Justo nuestro cariñoso saludo y nuestros deseos de que le pare firme al *gafo* Villalquirán y al famoso Porto que se dice le irá a hacer compañía a la hora del *perique*.

Nos cuentan que un pobre muchacho, con el fin de ganarse el pan, tuvo la ocurrencia de abrir

BIBLIOTECA CULTURA NACIONAL

CON el propósito de cooperar a la cultura intelectual del país por medio de la difusión de las obras más notables de autores nacionales y extranjeros, hemos resuelto acometer la publicación de ellas en cuadernos de 32 páginas, a semejanza de la *Biblioteca Popular*, de Bogotá, y de la *Colección Ariel*, de San José de Costa Rica.

El primer cuaderno aparecerá mañana domingo

2 DE JUNIO DE 1918

y contendrá poesías selectas del infortunado lírico nacional

TOMAS MARTIN FEUILLET

El segundo número, que saldrá el domingo

9 DE JUNIO DE 1918

contendrá el precioso cuento de Ludovico Halevy, titulado

MATRIMONIO POR AMOR

Las suscripciones se servirán por series de doce números al precio de

2 DOS PESOS PLATA 2

PAGO ADELANTADO

Para más informes sírvase solicitar prospectos a la

TIPOGRAFIA MODERNA

Avenida Central, Número 13

o por correo a Guillermo Andreve Apartado N° 54 PANAMA

No demore en suscribirse. Hágalo antes de que aparezca el primer cuaderno. Recuerde que no se sirven suscripciones si no se envía el dinero por adelantado.

una casa de juego en Colón, porque se juega allí abiertamente, pero sin pagar al *coime* o a los *coimes*, pues parece que es un *trust* el que cobra el *barato*. Como él veía otras casas funcionando, creyó que la idea de *La Estrella* había sido prohibida por el Presidente y que podía establecer su jueguecito de *poca* libremente. Pero se llevó chasco, pues no impunemente se falta a la costumbre que ya es casi ley. Lo sorprendieron, le cerraron el garito y le pusieron una multa. Y los otros jugadores se reían y se reían de él a mandíbula batiente.

AHORÁ que a la policía nacional no se le paga en tiempo y que a los empleados se les va a dar bonos en vez de dinero, vendría de perlas una disminución en el gasto de automóviles oficiales, suprimiendo el servicio de unos cuantos o por lo menos prohibiendo el uso escandaloso que de ellos se hace en asuntos ajenos al servicio.

A ver si don Juan Brin, que es tan *caliente*, o don Lucho Alfaro, que es tan rígido, se atreven a ponerle el cascabel al gato.

SE trata de organizar una manifestación monstruosa, con todas las condiciones de rigor, con el fin de pedir al doctor Valdés la trashumancia de dos altos empleados reformistas. No desmayen los promotores de la idea, que lo peor que puede ocurrir es que, el día que la lleven a cabo el Presidente se encuentre en su mansión de verano, rodeado de los dos empleados en cuestión, que le ofrecerán todo, todo en su servicio, menos la dimisión.

NUESTRO amigo y colaborador don Jephtha B. Duncan, desea expresar por este medio su agradecimiento a las personas que bajo los nombres de *Admirador*, *Un Patriota* y *Némesis*, le han enviado datos e informaciones importantes sobre el asunto de la Recaudación de la Renta del Aguardiente, y al mismo tiempo excita a *Admirador* a que le haga llegar todos los demás datos que dice poseer.

Respecto a *Némesis*, le manifestamos que tiene razón al creer que a ser conocido del público, el informe que le ha suministrado, ello causaría en Panamá uno de los escándalos más grandes que registran nuestros anales; pero a la vez desea instarle a que se haga conocer, garantizándole de antemano reserva absoluta en cuanto a su identidad. *Némesis* debe comprender que los datos que suministra son de tal gravedad, que para su exposición ante el público se requieren algunas explicaciones y pruebas adicionales y algunos pormenores que *Némesis* ha omitido y que debe conocer.

DESEARÍAMOS saber si el señor Aizpuru Aizpuru es reformista o no. Si conviene en decirnoslo, que sea de modo claro. Nos gusta llamar al pan, pan, y al vino, vino.

LA diputación de Chiriquí es conservadora, sin lugar a dudas; basta conocer la lista para cerciorarse, pues en ella figuran tres conservadores y dos liberales anguizolistas que equivalen a lo mismo. Por fortuna el otro liberal es de buenos quilates, pero, qué podrá él solo contra cinco?

EL Directorio Liberal de la Provincia de Herrera se reunió en Chitré el día seis del mes pasado y eligió sus dignatarios, así:

Presidente, don Juan Crespo M.
Vicepresidente, don Ferdín R. Ortega.
Secretario, don Apolinar Becerra.

El acta que con tal motivo levantó ese Directorio es muy simpática y patriótica, y felicitamos por ella al Secretario de la Corporación.

SE NECESITAN AGENTES

La gran oportunidad para hacer mucho dinero. Una gran Compañía de Nueva York, con excelentes referencias bancarias y mercantiles, necesita agentes en todas las ciudades para vender impermeables hechos a la medida. Los más bajos precios. Fáciles de vender a la vista. Se garantiza que darán satisfacción o se devolverá el dinero.

STANDARD RAINCOAT CO.
395 Broadway, Dept. 36 New York, N. Y.